
A la China

I

A mí siempre me había interesado pensar en viajes, mirar mapas, hacer planes, llamar a las agencias para que me informasen de a cómo estaban los billetes, mantener largas conversaciones con los representantes de las líneas aéreas principales, hojear folletos, subrayar itinerarios y tarifas. Además, como en algunos ratos de ocio yo hacía literatura —literatura pequeña, cuentos y cosas así—, hasta había escrito dos o tres narraciones en las que se hablaba de viajes metafísicos, viajes imposibles. Eran relatos que tenían, me parece a mí, algo de fantástico, y que llegaban a sorprender al lector con sus desenlaces inesperados y tremendos. No eran malos del todo, pero pecaban siempre de lo mismo: de un inadecuado conocimiento de causa. Yo había viajado algo por Andalucía y por tierras del Toboso. En comparación con otras muchas personas que jamás han salido de su corral o de su choza, mis andanzas por el mundo eran considerables. Pero, en cualquier caso, hacía falta viajar más para tener otras evidencias de las que yo carecía y que me eran, pensaba yo, absolutamente necesarias. Es preciso tener ideales en la vida, y el mío era el de moverme lo más posible para ir así distraendo los días, ir acumulando un sustrato de saberes y de contrastes que luego me servirían para formular por escrito la síntesis general, la mía.

Síntesis generales se han hecho bastantes. Y aunque algunas han alcanzado una relativa notoriedad, es preciso reconocer que todas ellas han pasado en el fondo inadvertidas para la inmensa mayoría de la gente. Me asombraba a mí, y todavía me asombra, que con frecuencia apareciesen en los escaparates libros de divulgación que se vendían poco y que nos contaban por unas pesetas lo que quisieron decir Maimónides, Parménides u Orígenes, autores todos ellos sintéticos, muertos hacía muchísimo tiempo y reconocidos ya como grandes maestros del pensamiento puro, de la observación aguda y de la ciencia clásica. Lo que a mí me asombraba era que, al cabo de tantísimos siglos, hubiera necesidad de que un autorcete de provincias tuviera que tomarse el trabajo de decirnos lo que habían dicho aquellos y otros grandes hombres, como si la humanidad, por lo menos la humanidad española, no se hubiese enterado todavía de lo que habían supuesto en el desarrollo y evolución del mundo tan magnos descubrimientos. Pero así era, y así es. La ignorancia sigue siendo el pan nuestro de cada día, y a lo mejor hasta resultaba justo agradecer a estos divulgadores de vía estrecha el favor que trataban de hacernos. Que trataban de hacernos, digo. Porque la realidad demostraba que si los librotos antiguos sobre las verdades fundamentales de la mente y del universo alcanzaban muy mediano éxito comercial, menos lo tenían los resúmenes didácticos que unas cuantas editoriales con entusiasta conciencia reformadora ponían al alcance de casi todos los bolsillos.

No obstante, esta vez iba la cosa de veras y todo parecía indicar que, en cosa de días, emprendería yo larguísimo viaje a las estepas de la China.

Cuando uno se retrotrae a los primeros principios de todo, se topa irremediabilmente con la extraordinaria realidad de las civilizaciones orientales, especialmente de las antiguas civilizaciones chinas. Para un intelectual, conocer la China es artículo de primera necesidad. Yo había soñado en otros tiempos con ir a los valles del Orinoco, creyendo que en el mundo salvaje de las tierras vírgenes se hallarían las claves básicas de lo real. Estudiar, por ejemplo, un moscardón de las zonas tórridas —no se olvide que el calor es el origen de la vida— podía ser el eslabón inicial de una larga cadena de descubrimientos que me llevase, en último término, a la síntesis buscada. Pero como ya dije en otra ocasión, un viaje al Orinoco era lo mismo que un viaje a los infiernos: malas comunicaciones, la amenaza de enfermedades y peligros sin cuento, encontronazos con tribus conocedoras del curare y de otras mil hierbas venenosas que podían dejarlo a uno seco a las primeras de cambio.

Con la China, no. Con la China las cosas iban a ser diferentes. No en vano tenía esa nación milenios de historia a sus espaldas: la pólvora, la brújula. Además, por si eso fuera poco, el mismo carácter chino era garantía máxima de una segura retribución. Pueblo sacrificado y honesto, de una austeridad proverbial, habituado al trabajo y al silencio: las dos fuentes de la sabiduría.

Total, que nos íbamos a la China. Y utilizo la primera persona del plural porque Flora se venía conmigo. Nada de sueños ni de fantasías. Nos marchábamos los dos, lo cual ayudaría, por otra parte, a que nuestro idilio de meses fraguase en algo más definitivo y permanente. Las relaciones con Flora no eran siempre fáciles. Ella tenía, como yo, un amor apasionado por el Oriente. Pero sus otras preferencias o, cuando menos, muchas de ellas, resultaban desconcertantes. Flora era alta, extraordinariamente alta, y había decidido enterrarse en vida dedicando sus energías a un pasatiempo tan inútil como estúpido. La cría de gusanos de seda.

A la cría de gusanos de seda se ha dedicado, con el correr de los siglos, muchísima gente. Yo mismo, a los siete u ocho años, había comprado una tarde tres gusanos de esos, había reunido en un frasco las necesarias hojas de morera y había seguido con cierto interés el asunto. Aquellos ovillos peludos, sedosos, de color topacio, tenían, qué duda cabe, un algo misterioso en su elaboración. Pero de todo se cansa uno en este mundo, y la cría de gusanos de seda no podía ser una excepción. Pronto fueron a parar los gusanos al retrete.

Sin embargo, la vocación de Flora, al ser más tardía, hizo presa firme en su voluntad. Y como tenía dinero —el dinero que había recibido por herencia al fallecer sus padres en un accidente de automóvil del que ella salió completamente ilesa—, no le hacía falta buscar un modo de ganarse la vida.

La altura de Flora había sido un impedimento para que ella alternase con los hombres de España. En un país donde la altura media de los varones, por no decir nada de la de las hembras, viene a ser aproximadamente de un metro sesenta, Flora era demasiado ostentosa y visible. En Noruega habría pasado inadvertida; pero en la Península Ibérica, la presencia de Flora se imponía con todo el vigor de lo diferente, de lo raro. Si yo me acerqué a ella (no hace falta decir que me sacaba la cabeza) fue gracias a esa virtud mía que estriba en hacer caso omiso de las medidas.

Hay, principalmente en las culturas occidentales, un prejuicio del que participa prácticamente todo el mundo y que consiste en asociar cualidades de excelencia a los objetos y a las personas, basándose única y exclusivamente en criterios cuantitativos. Grave error. Asociaciones tan ausentes de lógica como las que tienden a identificar lo grande con lo bueno y lo pequeño con lo malo están a la orden del día en la conciencia común de las gentes. Si yo me acerqué a Flora no lo hice por aceptar un desafío, sino por otra razón muchísimo más profunda: sus ojos de caramelo. No hay, que yo sepa, un estudio que verse sobre los mecanismos secretos del amor y que ponga el énfasis necesario en esa circunstancia. Flora no veía muy bien, pero había logrado evitar la tentación de usar lentes. Desvelaba de esta forma su encanto principal, un encanto difícil para ser descrito, pero fácilmente comprensible para quienes estén acostumbrados a meditar en este tipo de cosas.

La vida humana es tan horrorosamente monótona, tan inconcebiblemente aburrida, que la entrega de Flora a la cría de gusanos de seda había que entenderla como un esfuerzo disparatado por escapar del tedio. Es también posible que aquella ocupación le trajese ecos del Asia que tanto admiraba. Allí impera la seda.

No voy a decir ni cómo ni dónde nos conocimos. No voy a decirlo porque el cómo y el dónde de los primeros contactos entre un hombre y una mujer son siempre más o menos los mismos. Podrán variar los detalles, pero nada más. Lo que verdaderamente importa es que ella y yo habíamos iniciado una relación más o menos amorosa y, sobre todo, que habíamos llegado, de común acuerdo, a la decisión que, de llevarse a cabo, habría de cambiar nuestras vidas. Empezar juntos un gran viaje que nos ayudaría a recuperar nuestra identidad más recóndita y desconocida.

Flora me confesó brutalmente las visiones que la invadían cuando daba de comer a sus gusanos. Visiones que solamente un psicólogo de verdad, no uno de esos aficionados de pacotilla, podría haber interpretado correctamente. Eran visiones tan monstruosas, tan llenas de oscuro sentido, que a Flora le temblaban los labios al contármelas.

Pero no nos perdamos. La cuestión era que, impulsados tal vez por motivos que no eran exactamente los mismos, Flora y yo teníamos ganas incontenibles de viajar al otro extremo de la tierra. No hace falta ser un sabelotodo para darse cuenta de que en la vida todas las cosas empiezan o acaban con un viaje. Y lo mismo ocurre con los libros. Siempre dan comienzo las tramas novelescas con alguien que llega o con alguien que se va. Como mucho, con alguien que va a llegar o con alguien que va a irse. No podía ser de otro modo. Y nosotros, personajes reales en la aventura de nuestra propia existencia, nos ajustábamos religiosamente a esa ley general. Había que moverse; que hacer las maletas y moverse. La promesa de salvación que iba implícita en nuestros planes era el motor que nos animaba a continuar.

Sin embargo, había antes que resolver un problema de base. Mientras aquel impedimento estuviera de por medio, eran poquísimas las posibilidades de llevar a buen término nuestros propósitos. Flora era sorda.

El fantasma de la sordera, al que me he referido con detalle en más de una ocasión, puede ensombrecerlo todo. La plaga de incomprensión, de aislamiento y de desprecio que se cierne sobre el gremio de los sordos es una de las mayores condenas que puede padecer

el hombre (o la mujer) en este valle de lágrimas. En comparación con lo que la sordera implica, ciegos y mudos son seres afortunados, auténticos príncipes de la Creación.

Lo incomprensible es que yo hubiera escogido precisamente a una sorda como compañera de viaje. Ya he dicho, y lo repito ahora, que lo de su altura no era obstáculo para mí. Pero lo de la sordera era algo completamente distinto, muchísimo más delicado y complejo. A ello se unía otra circunstancia que empeoraba la situación de un modo extraordinario. Es sabido que, subjetivamente hablando, hay algunas personas a quienes el hecho de oír poco no les afecta en absoluto; es más, hasta les agrada ir pasando los días sin tener noticia de lo que sucede a su alrededor. Flora no era de esa clase. Muy al contrario, le encantaba poder enterarse de todo. De ahí su estado de frustración constante, su incontenible tristeza, su tendencia a sepultarse en prolongados ataques depresivos que en más de una ocasión la habían puesto al borde del suicidio.

La perspectiva inmediata de irnos a la China había animado a Flora de una manera indecible. Y no iba a ser yo el encargado de desilusionarla con una revelación atroz. ¿Cómo iba yo a atreverme a decirle abiertamente que la belleza fundamental del continente asiático radicaba en sus sonidos? Carrillones, campanas, rumores de cascada, pjar de pájaros. Eso era fundamentalmente la cultura china. Hasta los fuegos artificiales, aparentemente de naturaleza visual, perderían su atractivo más hondo al ser desprovistos del pim-pam producido por su carga explosiva. Un cobete silencioso es como un árbol sin fruto, como una boca sin dientes.

Flora quería ir entrenándose poco a poco antes de dar el gran salto, y me rogaba que la llevase a los restaurantes chinos que parecían más auténticos.

—Vámonos esta noche a cenar a un restaurante chino —me decía a voces—. Yo pago.

Arroz frito, wong-ton, barquillos, chow mein, cho suey, té, naranjas. La mesa se inundaba de colores; las camareras se llenaban de sonrisas orientales. Todo parecía de verdad. Los kimonos rojos, el dragón amarillo, los faroles de papel, el anorme gong colgando del techo. En su gran mayoría, aquellos restaurantes pertenecían a familias rigurosamente chinas, bien de Taiwan, bien del continente mismo. Sólo hablaban su lengua. Abuelos, padres, hijos y nietos se afanaban en la cocina. Pero todo aquel chikichaka de ruidos nasales, metálicos y dulces a un mismo tiempo no lograba penetrar los oídos de Flora. Igual sucedía con los acordes cristalinos que eran emitidos por tenues altavoces, a fin de procurar la adecuada música de fondo. Flora, incapaz de registrar la dimensión sonora de aquel mundo, preguntaba sin cesar; quería que yo le explicase el sentido último de las pocas vibraciones que, muy desfiguradas ya, conseguían de tarde en cuando herir la membrana de sus tímpanos. Pero todo en vano.

2

Nos habían dicho que, una vez en Pekín, los traslados a los lugares de mayor interés —algunos a distancias siderales— habríamos de hacerlos por ferrocarril. Y esa circunstancia nos entusiasmaba. Cruzar las estepas del Asia Central en trenes de madera, en compañía de calladas muchedumbres vestidas de uniforme, era el colmo de la fascinación. De uniforme, y con anchas gorras de visera, tan parecidas a las que usaban los campesinos de Castilla.